

El Page Del Rey Baltasar

Por Carlos Giménez

En Bagdad, la bella ciudad de los califas situada a orillas del río Tigris, vivió hace veinte siglos un niño negro llamado Simbo. Habitaba en una casita, construida por él mismo con cañas y hojas de palmera, desde cuyas ventanas podían verse los bellos palacios de la ciudad y los concurridos bazares. Pero no tenía Simbo mucho tiempo para contemplar esto. En el frontis de la casita un letrero decía cuál era el oficio del negrito: "Simbo, sastre".

Como comprenderéis, la clientela del sastrecito negro no estaba formada por los ricos comerciantes y los poderosos señores de Bagdad. Sus parroquianos eran todos los niños pobres de la ciudad que iban a él para que les remendara sus harapos. Estos clientes, si alguna vez le pagaban su trabajo, lo que raramente sucedía, era con algún mendrugo de pan o un puñado de dátiles. Pero no creáis que por esto Simbo se

quejaba de su suerte; bien al contrario; estaba muy satisfecho de ella pues podía ser útil a sus semejantes. Así, cualquiera que se acercara a su casa le vería siempre trabajando afanoso y cantando entre puntada y puntada. Un atardecer, Simbo salió a la puerta de su casa a tomar el fresco después de terminar su faena antes que otras veces. Hasta él llegaban el rumor del río y el aroma de los limoneros, mientras el sol desaparecía tras los montes y el cielo teñía su azul con el negro de la noche. Durante un rato estuvo entretenido viendo a las estrellas encenderse en el cielo; pero, de pronto, contempló admirado cómo una de ellas iba adquiriendo cada

vez más brillo mientras raudamente se acercaba a la ciudad.

.- ¡Qué estrella más linda! Y parece que se acerca a Bagdad. Ahora se detiene y hace guiños. ¿A quién será? El negrito miró a todos lados, pero sólo vio las sombras de las palmeras, cuyas verdes y ásperas cabelleras revolvía con seco rumor el aire de la noche.

.- No veo a nadie. ¿Será a mí a quien hace señas? -murmuró para sí Simbo. Luego alzó la cabeza y gritó a la estrella:- ¿Es a mí a quien llamas? La estrella resplandeció más que antes y se movió despacito como invitándole a seguirla. -.- Pues sí, es a mí a quien llama-se admiró.

Y sin pensarlo poco ni mucho, el pequeño sastre entró en su casa, escribió una nota que luego sujetó en la puerta, cerró ésta y, llevando por todo equipaje su aguja de coser, siguió a la estrella que ya se movía despacito alumbrándole el camino entre las silenciosas callejas de Bagdad y luego por entre los árboles y peñas del monte. Y allí, en su casa, entre el rumor del río y de las hojas de las palmeras, quedaba la nota que había puesto en la puerta y que decía: "Me voy siguiendo a una estrella. No sé cuándo volveré".

acercó a ver de qué se trataba y, por unos momentos, no dio crédito a lo que veía. A pocos pasos de él se alzaba un gran campamento formado por cien tiendas de raso y seda. Pajes y criados con extraños y bellos trajes iban de un lado a otro desarmando las tiendas y cargándolas sobre lomos de caballos y camellos. El negrito cerró los ojos creyendo que soñaba, pero cuando los abrió de nuevo allí seguían los criados, los caballos, los camellos y las tiendas de colores brillantes. Decidido dio unos pasos y se adentró en el campamento acercándose

cia, grandes señores. El joven rubio fijó en él la mirada de sus ojos claros.
 .- Bienvenido, pequeño. Dinos, ¿quién eres tú?
 .- Soy Simbo, el sastrecillo de Bagdad,
 - ¿Hacia dónde vas?
 .- No lo sé, señor. En Bagdad vi esa brillante estrella que luce en el cielo, me pareció que me indicaba que la siguiese y así lo vengo haciendo desde hace tres días y tres noches, pero no sé a dónde me conducirá. Los tres señores se miraron entre sí sonrientes y al fin, el de la negra tez le respon-



Continuó Simbo por el camino que le señalaba la estrella, hasta que los primeros rayos del sol brotaron del horizonte y se estrellaron en las montañas desparramándose por las laderas e inundando de luz los valles. Entonces la estrella desapareció y el pequeño sastre se tendió a descansar entre unos árboles. Así pasaron tres días y tres noches hasta que, en un atardecer, cuando Simbo se disponía a seguir a la estrella que ya empezaba a brillar en el firmamento, oyó voces y relinchos de caballos tras unos árboles. Curioso se

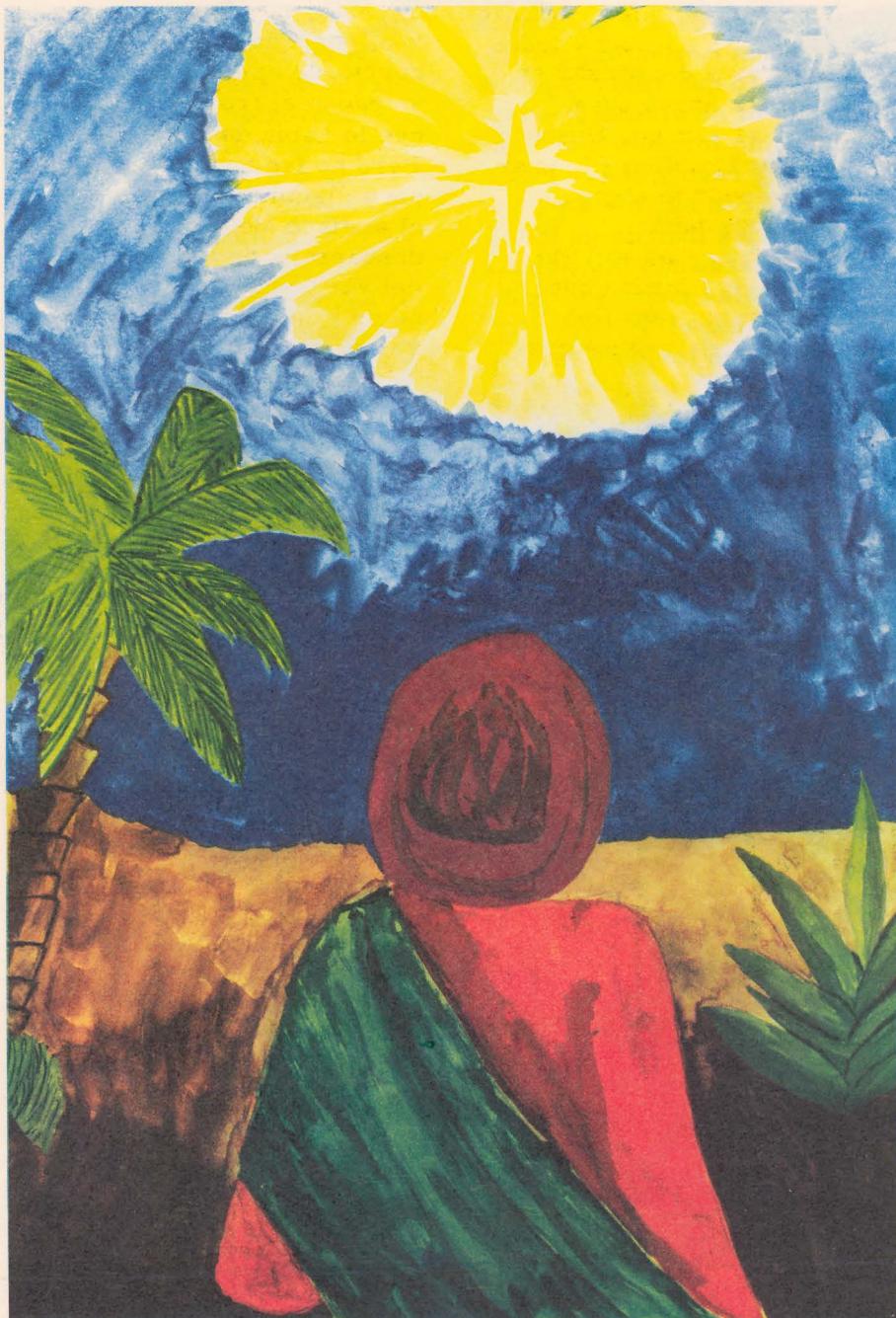
a tres hombres ricamente vestidos que hablaban entre sí. Uno era anciano, una larga barba blanca le caía sobre el pecho y también eran blancos los bucles que sujetaban una corona de refulgente pedrería. El segundo era rubio y sus ojos tenían un azul tan limpio y claro como el manto de brocado que lo cubría. El tercero tenía la tez tan negra como la del propio Simbo y en ella brillaba la blanca dentadura en una simpática y traviesa sonrisa. Simbo llegó junto a ellos y los saludó tímidamente:

.- Que la noche os sea propi-

dió:

.- Esa refulgente estrella que dices, pequeño, va señalando el camino que conduce al lugar donde ha nacido Jesús.

El sastrecillo abrió la boca, pero nada pudo decir; una gran alegría inundó todo su ser. Si su piel no hubiera sido tan negra se hubiese quedado rojo de emoción, pero su corazón, que era igual al de los niños de todas las razas, su corazón que es donde el Señor mira para saber cómo son los niños y los hombres sin importarle el color de la piel, saltó de



júbilo y felicidad.

.- ¿Es posible que yo, Simbo, haya sido llamado por la estrella para ir a ver al Niño Dios? - Pudo decir al fin el pequeño sastre.

.- Los humildes y los poderosos, todos hemos sido llamados.- le aclaró el anciano.

.- ¿Pero cómo sabéis vosotros que esa estrella nos conducirá junto al Salvador?

.- Somos los tres Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, - dijo el negro señor- y si quieres puedes seguir junto a nosotros el camino de luz que nos señala la estrella.

El niño negro movió afirmati-

vamente la cabeza.

.- ¡Claro que quiero! Bueno, quiero decir que muchas gracias y que acepto encantado. Además, procuraré ayudar cosiendo y remendando lo que haga falta.

Se hizo más amplia la sonrisa del negro rey Baltasar, quien puso una de sus manos sobre la cabeza de Simbo.

.- No es necesario. Y ¿sabes una cosa? Ya que el color de tu piel es igual que el de la mía me gustaría que fueses mi paje. ¿Qué dices?

Simbo no dijo nada, sólo movió de nuevo afirmativamente su ensortijada cabecita mientras miraba con agrade-

cimiento a Baltasar.

En aquel momento intervino el anciano Melchor haciéndoles ver que ya era hora de continuar el camino.

.- Mirad, la estrella se mueve y debemos seguirla.

Las tiendas y fardos ya estaban a lomos de caballos y camellos, los Reyes subieron a a sus cabalgaduras, Simbo en un camellito pequeño y rubio que le dieron y la caravana se puso en marcha.

El sastrecillo de Bagdad no se cansaba de mirar a la luz de la estrella que se movía sobre ellos, los vistosos trajes de los servidores de los Reyes, las ricas guáldrapas de los caballos, y, sobre todo, a tres camellos ricamente enjaezados que eran llevados por servidores vestidos más ricamente, si cabe, que los demás. Al fin, se acercó a los Reyes y les preguntó:

.- Decidme, Majestades, ¿qué es lo que llevan esos camellos? No veo sobre sus lomos fardos ni tiendas y sí unos enojados cofres.

Melchor se acarició la blanca barba al contestar:

.- Esos son nuestros presentes para el Niño Dios. Gaspar le lleva oro, como a Rey de reyes que es. Baltasar, incienso, pues es Dios y yo le llevo mirra, ya que en carne mortal ha nacido.

Simbo quedó pensativo y en silencio durante un buen rato hasta que unas palabras del rey Baltasar parecieron traerle de nuevo a la realidad.

.- ¿Qué te ocurre, Simbo?

Pareces triste.

.- Sí, un poco.

.- ¿Por qué?

.- Me apena no tener nada que llevar a Jesús como presente.

.- No te aflijas por ello.

Te daré una tablilla de marfil en la que está grabada una hermosa oración.

.- Gracias, rey Baltasar, pero ya le llevas tu incienso como a Dios.

Melchor y Gaspar escuchaban la conversación de su compañero y su paje y el rubio monarca intervino en ella.

.- Si quieres, Simbo, te entregaré una alfombra de Persia digna de un rey.

De nuevo el negrito movió negativamente la cabeza.

.- Tú le llevas oro como rey, sabio y poderoso Gaspar.

.- Yo te daré, para que lleves al Señor un odre de rica miel de abeja.

.- Ya le llevas tu mirra como a Hombre, rey Melchor - respondió Simbo.- Gracias, sois muy buenos, pero yo quiero llevar a Jesús algo más... ¡y soy tan poquita cosa!

Baltasar extendió su mano y revolvió afectuosamente el

Un día, mientras los servidores levantaban las tiendas y todos se disponían a descansar en espera de la noche para continuar el camino, Simbo se acercó al rubio rey Gaspar.

.- Quiero pedirte algo.

.- Dime, pequeño.

.- Verás, rey Gaspar. He visto entre los fardos que transportan tus camellos un trozo de tela que me gustaría me dieses.

.- ¿Es una pieza de brocado?

¿De tisú acaso?

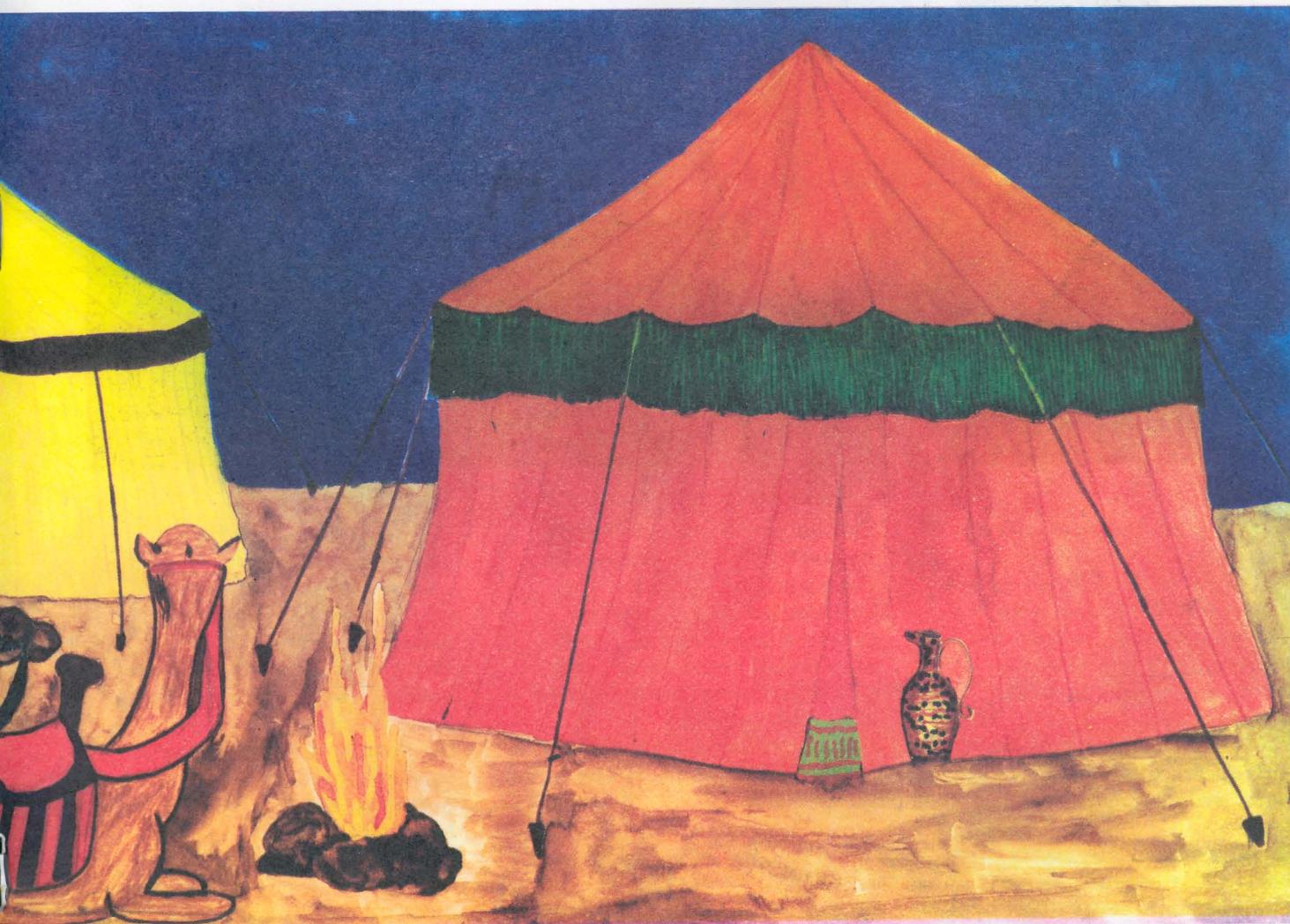
Gracias, rey Gaspar.

Y el pequeño negrito salió corriendo apretando contra su pecho el trocito de lino que le había dado Gaspar.

Pero no fue muy lejos; a poca distancia tropezó con el anciano Melchor que descansaba de las fatigas del viaje sentado a la puerta de su tienda. Frenó su carrera y se acercó a él.

.- Buenos días, rey Melchor.

.- Buenos días, Simbo. Me parece que te veo un poco



pelo de Simbo.

.- No digas eso; quizás tú, no eres hombre como nosotros, ni sabio, ni rey, un niño negro, puedes encontrar un presente para Jesús más hermoso que los nuestros.

No se habló más de este asunto aquella noche, ni en las noches que siguieron.

La caravana continuó su camino acercándose cada vez más al lugar donde había nacido el Niño Dios.

.- No, no, es sólo un trocito de lino.- Simbo se acercó a uno de los fardos que había cerca de la brillante tienda del rey y extrajo de él un pequeño trozo de tela.- Es éste, rey Gaspar. ¿Me lo das? El joven rey sonrió.

.- Claro que te lo doy, Simbo. Pero dime, ¿no te gustaría más una pieza grande de alguna de las ricas telas que hay ahí?

.- No, éste es el que quiero.

más alegre hoy.

.- Así es, sabio Melchor. Y si quieres verme más contento aún hazme un favor.

.- Te lo haré si está en mi mano.

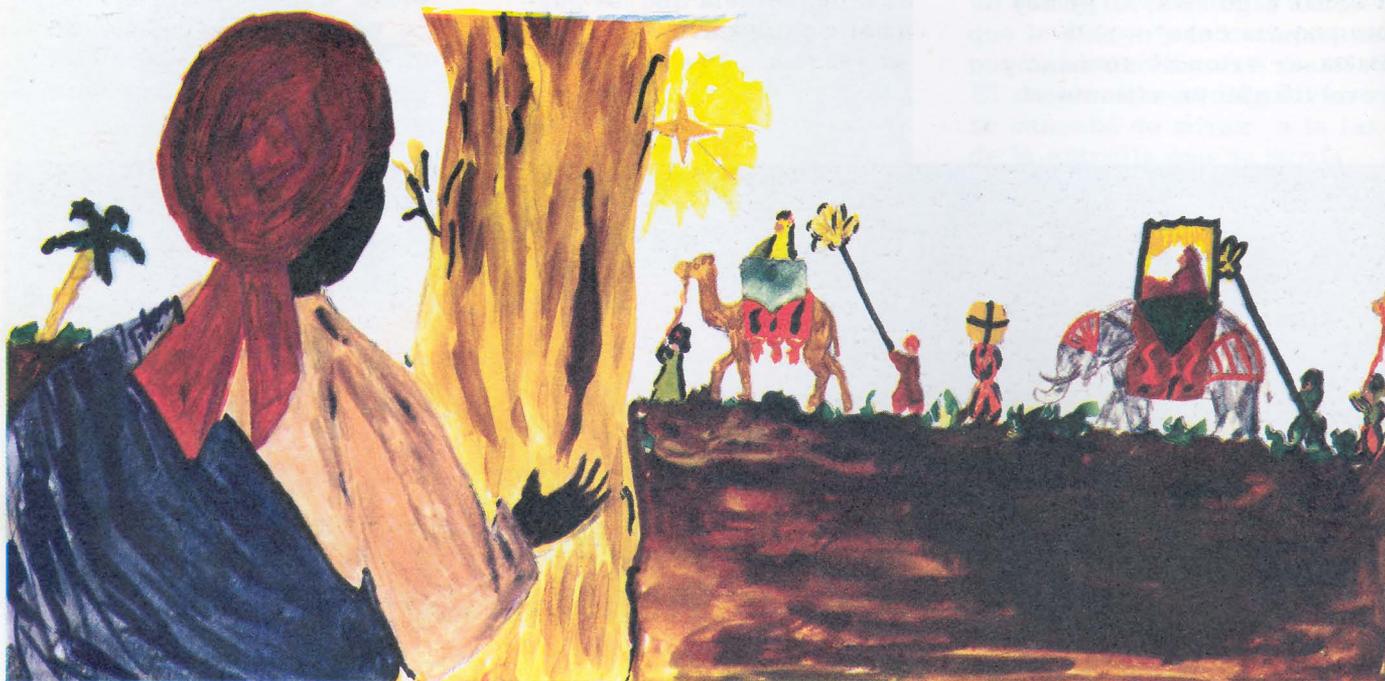
.- No está en tu mano, sino en tu cuello.

.- ¿En mi cuello? - se extrañó el anciano - ¿quieres decirme a qué te refieres? Simbo hizo unos extraños dibujos en la tierra con su piecico calzado con bellas

zapatillas rojas bordadas de oro que le había dado el rey Baltasar, antes de contestar.
 .- Pues verás, venerable Melchor, yo quiero dos cuentas de azabache de tu collar. Inconscientemente, el sabio anciano acarició las negras cuentas que le colgaban del cuello.

contemplan, Simbo. - le respondió el rey negro.-
 ¿Puedo saber dónde estaba mi pajecito?
 .- Claro que sí, señor. Estaba dando vueltas por el campamento. Por cierto, Majestad, que he visto que tu camello preferido tiene los pelos de la cola muy largos.

.- No lo dejes muy pelón, Simbo, que luego no podrá espantarse las moscas. Desde aquel día el paje del rey Baltasar estuvo muy atareado. Se le veía coser afanoso en todo momento y en su rostro resplandecía la alegría que demostraba con canciones. Los Reyes



.- ¿Y para qué las quieres, Simbo?
 Los ojos del Rey Mago buscaron los del pequeño paje y, por un momento, ambos se contemplaron en silencio hasta que el rey terminó riendo.

.- Bien, estoy seguro de que no las quieres para nada malo. Toma, aquí las tienes.
 Hábilmente el rey extrajo del collar dos cuentas negras que fueron a confundirse en la mano de Simbo el cual hizo una profunda reverencia al anciano.

.- Gracias, rey Melchor. Corrió de nuevo el negrito por el campamento hasta que dio con Baltasar, que estaba ocupado ordenando a sus servidores la colocación de la tienda donde habría de pasar el día.

.- Mis saludos, rey Baltasar, que el día te sea muy grato -le dijo a la vez que se inclinaba con respeto.

.- Dichosos los ojos que te

.- Los pelos de la cola muy largos? ¿Y qué importancia tiene eso?

.- Pues no muy grande en cuanto a importancia, pero sí grandes como pelos, por eso creo conveniente recordárselos un poco.

La blanca dentadura del rey Baltasar resplandeció en una sonrisa.

.- Simbo, tú quieres pelos de la cola de mi camello para algo. ¿No es así?

El pajecito bajó la cabeza y se contempló las retorcidas puntas de sus zapatillas como si las viese por primera vez. Luego alzó la cabeza y miró de frente a Baltasar.

.- Sí, señor. Los necesito para algo muy importante... que no puedo decir.

.- De acuerdo, puedes coger los pelos que quieras de la cola de mi camello.

Le dio las gracias Simbo y salió corriendo de nuevo mientras tras él seguía sonando la voz del rey negro que le advertía:

Magos, viéndole feliz y contento, le dejaban seguir con sus misterios seguros de que, en su momento, sabrían la causa de todo. Por fin, cierta maravillosa noche, vieron todos cómo la estrella que los guiaba descendía veloz y se quedaba inmóvil, allá en la distancia, sobre un humilde portal de las afueras de Belén. El rey Baltasar, que iba a la cabeza de la caravana, se detuvo y se volvió a sus compañeros.

.- Creo que ya hemos llegado al fin de nuestro viaje.

.- Es cierto- respondió Gaspar- dentro de unos momentos tendremos la dicha de ver a Jesús.

Melchor se secó con las manos unas lágrimas que le corrían por las mejillas y luego las manos con su blanca barba mientras decía emocionado.

.- Soy viejecito y muchas veces he sentido alegría, pero nunca una tan grande y

tan pura como ésta. Siguió la caravana su camino. A oídos de todos llegaban ya las canciones y risas de gozo de los pastores y zagales que se apiñaban ante el portal y esto parecía empujarles a ir más aprisa, más aprisa... Por fin, la vistosa cabalgata se detuvo ante el humilde portal. Los tres Reyes Magos descendieron de sus camellos, tomaron los presentes de manos de sus servidores y

Llevaba algo muy apretado contra su pecho, se inclinó ante Jesús y le dijo: .- Señor, mi presente es muy humilde pero te lo ofrezco de corazón. Y junto al Oro, Incienso y la Mirra, depositó una camisita de lino y un muñeco de trapo que tenía por ojos dos cuentas de azabache y por cabellera los pelos de la cola del camello preferido del rey Baltasar.

del pajecito negro y le decía: .- Tu corazón ha sabido interpretar el amor del Señor a los niños y en El has sabido tú amarlos también. Bendito seas por cubrir su desnudez y alegrarlo con la ilusión de un juguete. Se volvió a los Reyes Magos y continuó: .- Oídme, Melchor, Gaspar y Baltasar: Esta caravana de amor que ha llegado al Portal de Belén, se repetirá año



penetraron en el establo donde estaba el Niño Jesús. Y allí, los tres sabios y poderosos monarcas se pusieron de rodillas y dejaron al pie del pesebre sus presentes de Oro, Incienso y Mirra. En aquel momento, abriéndose paso entre los pastores y servidores que adoraban al Dios Niño, apareció Simbo, el que fuera sastrecillo de Bagdad y ahora paje del rey Baltasar.

.- Eres Hombre, eres Rey y eres Dios. Pero también eres un pobre como yo y como mis amiguitos de Bagdad Por eso te he hecho esta camisita para que cubras tu cuerpo y este muñeco para que juegues con él. Jesús extendió sus bracitos y cogió el muñeco de trapo. María sonrió y tomando la camisita se la puso a su Hijo, mientras el buen José ponía sus manos sobre los hombros

tras año mientras en el mundo haya ilusión y amor, que es lo mismo que decir mientras haya niños y hombres que sean como ellos. Y tú, Simbo, ayudarás a los tres Reyes Magos a repartir esas ropas y esos juguetes, ese amor y esa ilusión que en esta noche has sabido traer a tu Redentor.